

# Nuevas Identidades en la Frontera Chiapas-Guatemala: Migración y Relaciones de Género en Regiones Indígenas

Aída Hernández Castillo\*

Los pueblos indígenas que habitan la frontera sur chiapaneca se han caracterizado en las últimas décadas por acelerados procesos de cambio cultural que han tenido como consecuencia el desplazamiento lingüístico y la sustitución de idiomas mayas como el *Jakalteko*, *Kaqchikel*, *Mam*, *Mochó*, *Q'anjoba'l* y *Chuj*, por el castellano<sup>1</sup>. Estos cambios identitarios que se han dado paralelamente a transformaciones profundas en las relaciones de género, sobre todo a partir de los procesos migratorios de los últimos diez años. Se trata de una zona cultural que fue dividida en dos durante el siglo XIX con el establecimiento de los límites fronterizos entre México y Guatemala, y cuyos habitantes han sido objeto, durante distintos periodos históricos, de violentas campañas de aculturación. Las políticas de castellanización y de integración forzada a la nación impulsadas por los gobiernos posrevolucionarios influyeron en que durante varias décadas un importante sector de la población fronteriza chiapaneca negara sus identidades étnicas y reivindicara exclusivamente sus identidades campesinas (ver Cruz, 1998; Gutiérrez y Hernández, 2000; Hernández Castillo, 2001).

Los cambios en las políticas integracionistas, con el reconocimiento del carácter pluricultural de la nación mexicana, sobre todo a partir de la década de los setentas del siglo XX abrieron nuevos espacios para la reivindicación de las identidades culturales de estos pueblos, desarrollándose procesos de reconfiguración étnica en los que las mujeres han jugado un papel fundamental. Después de que las identidades indígenas fueron negadas durante varias décadas, como una medida para protegerse contra la violencia física y simbólica de las campañas integracionistas, a partir del levantamiento zapatista de 1994,

\* CIESAS/México, [aidaher2005@yahoo.com.mx](mailto:aidaher2005@yahoo.com.mx).

\* ESTE DOCUMENTO FORMA PARTE DE LA OBRA ESTADO DEL DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS DE CHIAPAS, PUBLICADA POR EL PROGRAMA UNIVERSITARIO MÉXICO NACIÓN MULTICULTURAL-UNAM Y LA SECRETARÍA DE PUEBLOS Y CULTURAS INDÍGENAS DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE CHIAPAS, MÉXICO 2012.



hemos sido testigos de procesos de politización de las identidades culturales en toda la región fronteriza de Chiapas. Las identidades indígenas se han convertido en espacios de movilización en el que se combinan las demandas por el reconocimiento cultural con las demandas por la re-distribución económica y del poder político (ver Hernández Castillo, 2009.)

Las prácticas culturales de los pueblos indígenas que antes eran concebidas simplemente como la vida misma ahora se conceptualizan como “tradiciones.” En el proceso de “nombrar” la cultura, se están dando negociaciones entre los géneros por la definición de la misma.

La Reforma Constitucional del 2001, con la llamada Ley de Derechos y Cultura Indígena (Artículo 2 bis Constitucional) reconoció la diversidad cultural del país y los derechos de los pueblos indígenas a sus propios sistemas normativos (ver Hernández Castillo, et. al., 2004), poniendo en la mesa del debate de comunidades y organizaciones indígenas el tema de las “buenas” y “malas costumbres”, pues muchas mujeres indígenas han señalado que sólo desean reconocimiento para aquellas costumbres y tradiciones incluyentes, y que es tiempo de cambiar aquellos elementos de sus culturas que profundizan la marginación de las mujeres indígenas (ver Hernández Castillo, 2010). En la región fronteriza de Chiapas las mujeres indígenas organizadas dentro de las cooperativas agroecológicas como Indígenas de la Sierra Madre de Motozintla (ISMAM), y *Nan Choch*, o dentro de los mismos proyectos culturales promovidos por el Estado, están dando una lucha al interior de sus propias comunidades para legitimar nuevas tradiciones no excluyentes.

Pero la persistencia y reconstitución de las identidades culturales dentro del proceso de globalización, no implica necesariamente que se trate de identidades antisistémicas y contestatarias. Algunos autores como Zygmunt Bauman (2001), plantean que la regeneración de las identidades está vinculada con la actual fase de mundialización del capital, y que se trata de una respuesta a la individualización exacerbada que sufren las sociedades industrializadas. Al respecto señala que estas nuevas identidades que se re-inventan en el marco del proceso de globalización: “No son contrarias a la tendencia globalizadora, ni se interponen en su camino: son un vástago legítimo y un compañero

\* ESTE DOCUMENTO FORMA PARTE DE LA OBRA ESTADO DEL DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS DE CHIAPAS, PUBLICADA POR EL PROGRAMA UNIVERSITARIO MÉXICO NACIÓN MULTICULTURAL-UNAM Y LA SECRETARÍA DE PUEBLOS Y CULTURAS INDÍGENAS DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE CHIAPAS, MÉXICO 2012.



natural de la globalización y, lejos de detenerla, le engrasan las ruedas” (Bauman, 2001:174).

En este capítulo me propongo mostrar que la migración indígena de esta región fronteriza es parte de un proceso histórico de globalización y neoliberalización que está teniendo consecuencias contradictorias para hombres y mujeres indígenas. Paralelamente al resurgimiento de las identidades étnicas, los procesos de descampesinización producto de las políticas neoliberales hacia el agro, están poniendo en peligro las bases materiales de reproducción de sus culturas.

La región fronteriza a la que se refiere este trabajo, está integrada por ocho municipios: Tapachula, Motozintla, El Porvenir, Mazapa de Madero, Amatenango de la Frontera, Frontera Comalapa, La Independencia y La Trinitaria, que para el 2005 tenían una población de 540,505 habitantes, de los cuales sólo el 4.7 por ciento era reconocido como indígena y de este porcentaje sólo un 47 reconocía que hablaba un idioma indígena. Se trata pues de una región con una presencia minoritaria de población indígena, pero que se ha caracterizado en las últimas décadas por un proceso de re-emergencia étnica en donde las identidades culturales se han convertido en espacios de organización política y productiva.

Las dinámicas socio-culturales y las transformaciones en las relaciones de género difieren considerablemente de una región a otra. La región del Soconusco, es una de las regiones agrícolas más dinámicas del país y durante varias décadas fue la columna vertebral de la economía chiapaneca. La población indígena que actualmente habita esta región tiene sus orígenes en cuatro momentos históricos distintos: por un lado aquellas comunidades que existían en el Soconusco antes de establecerse los tratados de límites; aquellas que se forman a partir de las campañas de colonización promovidas por el gobierno de Porfirio Díaz a fines del Siglo XIX; la nueva ola migratoria de refugiados guatemaltecos que se da en la década de los ochenta del siglo XX, cuando miles de campesinos *mayas* cruzan la frontera huyendo de la guerra civil en su país y finalmente las migraciones económicas que se han dado a lo largo del último siglo, cuando trabajadores temporeros que cruzan la frontera para contratarse en las fincas cafetaleras, deciden asentarse de manera definitiva en la región (ver Hernández Castillo, 2001). Para entender las dinámicas identitarias de esta

\* ESTE DOCUMENTO FORMA PARTE DE LA OBRA ESTADO DEL DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS DE CHIAPAS, PUBLICADA POR EL PROGRAMA UNIVERSITARIO MÉXICO NACIÓN MULTICULTURAL-UNAM Y LA SECRETARÍA DE PUEBLOS Y CULTURAS INDÍGENAS DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE CHIAPAS, MÉXICO 2012.



región es importante considerar la intensa movilidad social de sus habitantes y el constante flujo de migrantes centroamericanos, muchos de ellos indígenas guatemaltecos, que han venido a dinamizar los procesos económicos y culturales de la región. Es en esta región en donde se han presentado el mayor número a las violaciones a los derechos humanos de las mujeres migrantes por ubicarse en la ciudad de Tapachula el eje rector de una red de tráfico de mujeres que ha sido ampliamente denunciada (ver Azaola, 2000; Casillas, 2006 y Enlace 2010).

En la sub-región de Sierra se ubica un pequeño grupo de indígenas *mochós* (unos 692 ubicados en distintos barrios de la ciudad de Motozintla), un grupo disperso de unos 675 *cakchiqueles* ubicados sobre todo en el municipio de Mazapa de Madero<sup>ii</sup>, así como los principales asentamientos de indígenas *mames*, que con una población de 23,812 constituyen el grupo mayoritario de los cinco grupos indígenas asentados en las tres sub-regiones (CDI-PNUD, 2002). Se trata de la región fronteriza con el mayor índice de marginación económica, en donde el 80% de la población vive en pobreza extrema (134,108 personas según el censo del 2000), situación que ha influido en los altos índices de migración interna e internacional y ha sido un factor dinamizador de los procesos organizativos en la región. Es una región en donde las mujeres han tenido una participación muy activa en el movimiento agroecológico, llevando sus demandas de género a la agenda de las cooperativas de café orgánico. Sin embargo, en los últimos años muchos de los liderazgos femeninos se han visto mermados ya que a la migración masculina se ha unido la migración de mujeres jóvenes que se han integrado a la fuerza de trabajo de las regiones agrícolas de la costa este de los Estados Unidos.

Finalmente, en la región fronteriza de de Llanos y Bosques se ubican los indígenas *chujes*, *kanjobales-acatecos* y *jacaltecos-popti*<sup>iii</sup>. Se trata de la principal región de asentamiento de los campamentos de refugiados guatemaltecos durante la década de los ochentas del siglo XX (ver Kauffer, 2000 y 2004; Ruiz, 2007a y 2007b). Aunque las primeras comunidades contemporáneas de estos pueblos *mayas* se establecen durante el siglo XIX, la mayoría de los hablantes de *chuj* y hablantes de *kanjobal-acateco*, que reconoce la Comisión para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas son producto de esta

\* ESTE DOCUMENTO FORMA PARTE DE LA OBRA ESTADO DEL DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS DE CHIAPAS, PUBLICADA POR EL PROGRAMA UNIVERSITARIO MÉXICO NACIÓN MULTICULTURAL-UNAM Y LA SECRETARÍA DE PUEBLOS Y CULTURAS INDÍGENAS DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE CHIAPAS, MÉXICO 2012.



última ola migratoria (CDI-PNUD, 2002). Esta sub-región abarca la zona de bosques de La Trinitaria, a las inmediaciones de los Lagos de Montebello, en donde se ubican las comunidades *chuj* y *kanjobal-acateco*, cuyas dinámicas culturales están marcadas por la presencia del turismo nacional e internacional; finalmente esta la región de llanos de Amatenango de la Frontera y Frontera Comalapa en donde los ranchos ganaderos coexisten con la producción maicera donde se ubica la población *jacalteca-popti*, calculada por la CDI en 1478 personas (CDI-PNUD, 2002). En esta región la presencia de las Organizaciones No Gubernamentales durante la etapa del refugio influyó en la creación de espacios de reflexión sobre los derechos de las mujeres que fueron determinantes en la formación de las nuevas generaciones de mujeres indígenas.

A pesar de las diferencias regionales, podríamos decir que a excepción de la ciudad de Tapachula, esta región fronteriza se caracteriza por las condiciones de extrema pobreza, en donde un 87.5% de la población vive en condiciones de alta marginalidad (ver CDI-PNUD, 2007). Este contexto hace necesario el repensar las políticas del reconocimiento cultural y la promoción de políticas públicas con perspectiva de género como estrechamente vinculadas a las políticas de re-distribución económica. No es posible plantear el apoyo al fortalecimiento de sus identidades culturales ni a los derechos de las mujeres, sin abordar los temas del desarrollo regional y la reproducción de la economía campesina.

## Procesos Migratorios y Relaciones de Género en la Frontera Sur

Si bien esta región fronteriza siempre ha sido zona de recepción de migrantes: como trabajadores temporeros a las fincas cafetaleras del Soconusco, o de paso en la migración hacia el norte, es en los últimos quince años que se ha convertido en una zona de expulsión de migrantes. Tanto los desastres naturales de 1998 como de 2005 se conjugaron con la crisis de la agricultura campesina, que desde las dos décadas anteriores ya afectaba a los pequeños productores de la región, para acelerar la migración de hombres y mujeres indígenas hacia las ciudades turísticas del Caribe mexicano y hacia las zonas agrícolas de la costa este de los Estados Unidos.

\* ESTE DOCUMENTO FORMA PARTE DE LA OBRA ESTADO DEL DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS DE CHIAPAS, PUBLICADA POR EL PROGRAMA UNIVERSITARIO MÉXICO NACIÓN MULTICULTURAL-UNAM Y LA SECRETARÍA DE PUEBLOS Y CULTURAS INDÍGENAS DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE CHIAPAS, MÉXICO 2012.



Para entender el origen de estos procesos migratorios es importante reconocer que las comunidades *mames*, *cakchiqueles*, *chujes*, *kanjobales*, *jacaltecas* y *mochós*, han sufrido en los últimos diez años acelerados cambios en sus dinámicas sociales, producto del impacto que están teniendo en la economía campesina las políticas agrícolas neoliberales. Estos mismos procesos están afectando la economía campesina de todo el estado como lo muestran los datos del Consejo Estatal de la Población (COESPO) que señalan que el 65% de los migrantes chiapanecos son indígenas y campesinos y el 79% de esta población nunca regresa a su lugar de origen. Según esta misma fuente cuatro municipios de esta región fronteriza encabezan la lista de expulsores de migrantes en el estado: Tapachula, Motozintla, Frontera Comalapa y La Trinitaria (ver, [coespo.chiapas.gob.mx/](http://coespo.chiapas.gob.mx/)).

La migración hacia el Norte, término genérico con el que se denomina tanto a la frontera norte de México como a los Estados Unidos, se ha convertido en una opción de sobrevivencia para miles de campesinos que han renunciado a seguir viviendo a merced de las fluctuaciones del mercado internacional del café o a la espera de un reparto agrario que nunca llega. Desde la década de 1980, los indígenas *mames* de esta región fronteriza, guiados muchas veces por indígenas guatemaltecos, fueron pioneros entre el campesinado chiapaneco en emprender el camino hacia el norte. Sin embargo, los testimonios de estas experiencias se contaban entonces como sagas de individuos audaces que eran más la excepción, que la regla. Durante la década de los ochentas la Iglesia Católica, adelantándose a las dimensiones que este fenómeno podía tomar, empezó a promover la creación de cooperativas de agricultura orgánica como una estrategia para frenar la migración y resistir el modelo de desarrollo agrícola basado en los agroquímicos. La opción agroecológica les permitió a muchos indígenas fronterizos encontrar en los mercados alternativos y en el comercio justo una opción frente a la ferocidad de las reglas del libre mercado (ver Hernández Castillo y Nigh, 1998). Sin embargo, la mayoría de los indígenas fronterizos, no han tenido ni la tierra, ni los recursos organizativos ni financieros para tomar esta opción y por diversas razones han renunciado a la lucha agraria. De este grupo, son cada vez más los jóvenes que han optado por arriesgarse a trabajar como ilegales en los

\* ESTE DOCUMENTO FORMA PARTE DE LA OBRA ESTADO DEL DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS DE CHIAPAS, PUBLICADA POR EL PROGRAMA UNIVERSITARIO MÉXICO NACIÓN MULTICULTURAL-UNAM Y LA SECRETARÍA DE PUEBLOS Y CULTURAS INDÍGENAS DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE CHIAPAS, MÉXICO 2012.



Estados Unidos y dejado atrás las esperanzas de buscar de manera colectiva una opción de sobrevivencia.

El género, la generación y las redes de relaciones mediante las cuales se migra marcan la manera en que se accede o no al “sueño americano”. Aunque existen historias de migración exitosa en la que los y las jóvenes logran cruzar la frontera con apoyo de amigos e insertarse en el mercado laboral norteamericano sin sufrir experiencias de violencia, cada vez es más difícil llegar hacia el norte a través de redes de familiares y amigos, pues el monopolio de los “coyotes” se empieza a extender por toda la región fronteriza. Las redes de tráfico ilegal de trabajadores se han vuelto más complejas en su organización y estilos de trabajo. Estas se han convertido en bandas de traficantes de migrantes que según información del Instituto Nacional de Migración (INM) poseen instrumentos y maquinaria sofisticada para falsificar documentos, con estructuras clandestinas que no permiten ubicar a quienes las controlan y financian. Esta institución reportó, en 2004, la existencia de 52 de estas redes funcionando en territorio chiapaneco. (CIEPAC, 2004). Pero la parte más preocupante de este panorama para las mujeres indígenas es que estas redes se han convertido también en redes de tráfico de mujeres que utilizan el engaño y el secuestro para “enganchar” a sus víctimas. En julio de 2007, la organización *End Child Prostitution Child Pornography And Trafficking of children for sexual purposes*, (ECPAT) ubicó a la ciudad de Tapachula como uno de los centros de operaciones de las redes de prostitución infantil, este informe habla de 21 mil mujeres que laboran en 1,552 bares y burdeles de ésta ciudad. Según estos datos el 98% de ellas tienen entre 15 y 17 años de edad, aunque hay también un grupo que oscila entre los 8 y 14 años. Se reporta también que muchas de estas mujeres son luego redistribuidas a los estados de Veracruz, Distrito Federal, Tamaulipas, Oaxaca, Guerrero, Michoacán, Jalisco, Nayarit, Sonora y Sinaloa, y muchas de ellas a Estados Unidos. Estas niñas son engañadas y trasladadas desde distintas regiones de Centro América a la frontera sur de México para ser negociadas y vendidas en un monto que va de los 100 a los 200 dólares (ver Enlace, 2010). Testimonios recopilados en la Sierra nos hablan de que estas redes han alcanzado también a las mujeres indígenas de Chiapas que

\* ESTE DOCUMENTO FORMA PARTE DE LA OBRA ESTADO DEL DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS DE CHIAPAS, PUBLICADA POR EL PROGRAMA UNIVERSITARIO MÉXICO NACIÓN MULTICULTURAL-UNAM Y LA SECRETARÍA DE PUEBLOS Y CULTURAS INDÍGENAS DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE CHIAPAS, MÉXICO 2012.



están siendo “enganchadas” supuestamente para el trabajo agrícola y que terminan siendo “vendidas” por las redes de prostitución.

La migración está cambiando las vidas no sólo de quienes se han ido sino también de los que se han quedado. Hoy las mujeres se han visto obligadas a convertirse en cabezas de familia y en muchos casos a abandonar los roles de género tradicionales “socialmente aceptados” en la región (ver Zapata y Nazar, 2002). Los abuelos por su parte, al encargarse de los nietos mientras sus hijos e hijas se establecen en el “norte” han vuelto a ser padres; las organizaciones indígenas y campesinas han visto mermada la participación de sus afiliados quien en gran número se ha ido a los Estados Unidos. Incluso el paisaje de esta región fronteriza está cambiando: las casas de material y las antenas parabólicas son ahora mucho más abundantes que en el pasado. El significado de estos cambios en los planos identitario, económico y político para los hombres y mujeres indígenas fronterizos, es aún una asignatura pendiente para las ciencias sociales.

Sin embargo, los estudios realizados en otras regiones indígenas de México, principalmente entre los mixtecos oaxaqueños (ver Fox y Rivera, 2004; Kearney, 1996; Besserer, 1999) han puesto en evidencia las falacias del paradigma de la modernización que analizaba a la migración desde una perspectiva bipolar que enfatizaba la tendencia a la desvinculación de los migrantes de sus regiones de origen y su integración a la sociedad receptora. Los estudios de las que han sido llamadas comunidades “desterritorializadas” (ver Glick Schiller, et. al., 1992), enfatizan los vínculos que los migrantes tienen con sus familias, comunidades y tradiciones, más allá de los estados-nación a los que han migrado. Estos cambios en la perspectiva del análisis de la migración que se dan sobre todo a principios del decenio de 1990, nos invitan a ampliar nuestras perspectivas de comunidad y romper con el vínculo entre identidad y territorio, para explorar la manera en que se construye un sentido de pertenencia desterritorializado, muchas veces mediante afiliaciones multilocales (ver Basch, et. al., 1994; Glick Schiller, et. al., 1992).

En el caso de la población *mam*, *chuj*, *kanjobal* y *jacalteca* de Chiapas, la utilidad de esta propuesta metodológica resulta aún más evidente que en otras regiones indígenas, porque sus identidades culturales han estado históricamente marcadas por las experiencias

\* ESTE DOCUMENTO FORMA PARTE DE LA OBRA ESTADO DEL DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS DE CHIAPAS, PUBLICADA POR EL PROGRAMA UNIVERSITARIO MÉXICO NACIÓN MULTICULTURAL-UNAM Y LA SECRETARÍA DE PUEBLOS Y CULTURAS INDÍGENAS DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE CHIAPAS, MÉXICO 2012.





migratorias, de Guatemala a México a fines del siglo XIX, o en la década de los ochenta del siglo XX, y a distintas regiones del estado durante todo el siglo XX. El sentido de pertenencia a una “comunidad imaginada” ha estado más vinculado a la memoria histórica que al territorio, y en este sentido el abandonar sus comunidades fronterizas y migrar a las fincas de Carolina del Norte, puede ser una historia más que contar en la reconstrucción de las narrativas de pertenencia que se siguen socializando en las reuniones familiares o en los programas de radio que se transmiten semanalmente en la Voz de la Frontera Sur (ver Gutiérrez, 1996). De igual manera las afiliaciones multilocales que los indígenas fronterizos pueden estar desarrollando al mantener sus vínculos familiares y sociales con sus comunidades de origen mediante las nuevas tecnologías de comunicación, a la vez que construyen nuevas comunidades en el espacio compartido con los trabajadores *chapines* en Estados Unidos, tiene como antecedente también la formación de identidades múltiples, que les permitían reivindicarse como campesinos o indígenas dependiendo el contexto.

Quizá los avances de las tecnologías de comunicación permitan que los vínculos entre las distintas localidades sean más intensos (Smith y Guarnizo, 1998) que lo que podían haber sido en el pasado entre las regiones fronterizas chiapanecas y los *Cuchumatanes* guatemaltecos, sin embargo la comunidad transnacional no es para los indígenas fronterizos una experiencia nueva, a pesar de la violencia de los programas integracionistas del Estado-mexicano; la *comunidad imaginaria* (Anderson, 1983) ha incluido también a los hablantes de *Mam*, *Chuj*, *Q’anjoba’l* o *Jacalteco* que quedaron del otro lado de la frontera. Paradójicamente los procesos de globalización económica, más que anular sus identidades culturales los han llevado a re-encontrarse con sus “hermanos chapines” a miles de kilómetros de sus comunidades de origen y para algunos de ellos esto ha representado un regreso a su identidad indígena y un rascar en la memoria el idioma materno que los programas integracionistas del estado mexicano intentaron destruir.

Es evidente que estos fenómenos de resistencia identitaria se enmarcan en procesos más amplios de violencia estructural, física y simbólica, que afecta de manera especial a las mujeres indígenas, por lo que no podemos celebrar de manera acrítica la reconfiguración de las identidades étnicas y de género en el marco de la migración. La academia tiene un papel

\* ESTE DOCUMENTO FORMA PARTE DE LA OBRA ESTADO DEL DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS DE CHIAPAS, PUBLICADA POR EL PROGRAMA UNIVERSITARIO MÉXICO NACIÓN MULTICULTURAL-UNAM Y LA SECRETARÍA DE PUEBLOS Y CULTURAS INDÍGENAS DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE CHIAPAS, MÉXICO 2012.



importante que cumplir en el análisis y denuncia de las nuevas exclusiones y violencias que están marcando la vida de hombres y mujeres indígenas en el nuevo contexto de globalización y migración transnacional.

---

<sup>i</sup> A lo largo de este artículo los nombres de los idiomas indígenas serán escritos siguiendo las convenciones de la Academia de Lenguas Mayas, que han sido retomadas por el Instituto Nacional de Lenguas Indígenas (INALI) y que incluye hacerlo siempre con mayúscula. Para referirme a los nombres de los pueblos indígenas utilizaré los términos de la CDI que en la mayoría de los casos se han convertido en términos de autoadscripción y siguiendo las convenciones gramaticales nacionales serán escritos con minúscula: mam, chuj, kanjobal, cakchiquel, motozintleco ó mochó y jacalteco.

<sup>ii</sup> CDI-PNUD Op.Cit Existe todo un debate en torno al término cakchiquel, que es el término de autoadscripción de los indígenas de Mazapa de Madero, que le da el nombre al Centro Coordinador Indigenista. Sin embargo, lingüistas como Kauffman (1969) señalan que se trata de una variante del Teco que se habla en Tectitan, Guatemala y Arturo Lomelí señala que el término cakchiquel es una tergiversación del término okaqichkel que quiere decir “los que nos quedamos aquí” esta afirmación la hace a partir de un testimonio de un anciano de Mazapa de Madero, Fidelino López quien señalaba que “El origen de cómo nos llamamos, tiene sus raíces cuando venían y preguntaban ¿quiénes son ustedes? A lo que respondían, somos los que nos quedamos solos, nos quedamos aquí” que en lengua se dice okaqchikel, así es como nos decimos a nosotros que estamos aquí okaqichkel. Tal vez los señores que nos oían y que no conocían a nuestra lengua le dicen cakchiquel, porque se oye igual” (Lomelí 2005:19).

<sup>iii</sup> Los kanjobales asentados en México hablan dos variantes distintas del kanjobal, el de Santa Eulalia y el de San Miguel Acatán de Guatemala, quiénes tienen sus orígenes en San Miguel Acatán se autodenominan acatecos. Dentro de los registros oficiales de COMAR y posteriormente de la CDI se habla exclusivamente de kanjobales, aunque en los últimos años ha habido una reivindicación muy fuerte por parte de los exrefugiados por denominarse acatecos y no kanjobales. Lo mismo sucede con los jacaltecos, que a partir de sus contactos con los jacaltecos guatemaltecos han optado por la denominación popti’ que es el término que se utiliza en su propio idioma. Para los fines de este informe nos referiremos a los kanjobales-acatecos y a los jacaltecos-popti’.

